Por eso hoy, al contemplar cómo sus compañeros de profesorado se doblegan ante la autoridad científica de su palabra, y acatan los fueros de su encumbrada jefatura espiritual, en manera alguna nos sorprendemos: ¿acaso su labor intelectual no fué el manípulo de José, ante el cual se inclinaban y le rendían adoración y vasallaje los otros once manípulos de sus hermanos?....

Llegará un día el Seminario de Guadalajara, en virtud de la ley ineludible del progreso, á mayores y más prestigiadas alturas; será el sol fecundo de esta apartada región de nuestra patria; realizará el ideal de los institutos de su género; pero que tenga en cuenta y que jamás olvide las palabras eminentemente filosóficas del proverbio árabe: "el mérito es del iniciador, aun cuando el sucesor lo mejore."

V.

EL hecho de poner en manos de la juventud estudiosa los autores más renombrados de la ciencia moderna, engendró de manera natural é irresistible el amor á la cultura social, posesionándose aquélla, inopinadamente y sin advertirlo, de los principios fundamentales del saber, y con éllos, de los modelos artístico-literarios del mejor gusto y de los cánones del bien decir; y de allí, la literatura jalisciense, como manifestación de los conocimientos científicos, obtuvo un desarrollo violento y entró en un período de esplendor que hasta nuestros días, por aventajados que se les juzgue, no ha vuelto á producir ni en tan extensa escala, ni mucho menos con la elevación y profundidad de aquellos conocimientos. Recuérdese que precisamente de esos días fueron las Sociedades Literarias: *"Munguía y Carpio," "Manuel Acuna," "Tonetematchilis," "Aurora Literaria," "Fe y Progreso," "Tribuna," "Bohemia Jalisciense,"* y la docta y excelsa *"Alianza Literaria,"* á las cuales, en su mayor parte, daban aliento y vida las inteligencias privilegiadas que bebian la cultura ó acababan de satisfacer su sed de ilustración en las aulas seminaristas.—¡Ah! pero aquellos jóvenes, aquellos ingenios de regia estirpe —permitásenos en elogio de nuestra edad así llamarles —traían á los centros literarios la doctrina substanciosa que se les había sabido inculcar; manejaban la Dialéctica con soltura y maestría; abordaban la Metafísica, la Ontología, la Psicología empírica y racional, la Ideología, la Teodicea, la Cosmología y la Historia de la Filosofía, con seguridad y dominio de la ciencia; se lanzaban á los campos de la Filología, de la Lingüística, de la Gramática General, de la Bella Literatura, y de la Filosofía del lenguaje, como iniciados en los profundos secretos de esos ramos importantísimos del saber humano, y las árduas y trascendentales cuestiones sobre las ideas universales y el origen del conocimiento en el hombre,

eran á cada paso planteadas, discutidas y resueltas con singular pericia y en apoyo de teorías ortodoxas brillantísimas, que como moneda corriente tenían su legítimo valor en las operaciones del entendimiento. Nadie ignoraba entonces que como dijo un sapientísimo Argentino: "la *Idea* es la vista ó imagen de la ciencia y del arte, reproduciendo en el espíritu la representación falsa ó correcta del ser de las cosas. No se llega á la posesión de las ciencias y de las artes, sino por el vestíbulo de la Idea, en que se trasparenta su ser ideal, para ser encarnado en la plasticidad del estatuario, del poeta y del pensador, de cuyos mármoles, bronces, telas y hojas de papel, surgen las ideas como el rayo, ó como legiones fascinadoras arrebatando al espíritu en su luminosa huella. La ciencia y el arte son la generación del Espíritu y de la Idea, unidos en el amor de lo bello y de lo verdadero"..... ¿En dónde se habla hoy de algo que se roce con tan sublimes como elevados principios? ¿Quién trata en esta época del sistema sensualista de Bacón, de los extravíos filosóficos del cartesianismo, del panteismo ó del nihilismo de la escuela germánica, del semi-espiritualismo tímido y vergonzante de la escuela escocesa, ó del sincretismo absurdo de la teoría ecléctica? ¿En qué plantel se enseña á refutar, hoy en día, los errores de la escuela de Cousin sobre la verdad, de la de Lamennais acerca del consentimiento común, de la de Vico sobre el criterio de causalidad, de la de Kant relativa á su *Crítica de la razon pura,* de la de Espinosa sobre las prescripciones de la razón, de la de Gall acerca de la frenología, de la de Struve en sus investigaciones craneo-antropológicas persiguiendo "el clasicismo estético de los monarcas del pensamiento," de la de Louvret sobre el *intermediario* psíquico, de la de Allan Kardec acerca del *peri-espíritu,* de la de Aubin Gauthier respecto del *alma vital,* de la de Fichte, Schelling y Hegel sobre ideología, de la de Marheineke relativa á la *identidad* de la Moral cristiana y la Moral filosófica, de la de Tomasi acerca de la separación absoluta de la Etica y del Derecho Natural, de la de Rabinet sobre la moralidad de las acciones atribuidas á un *sentido corporeo,* de la de Smith respecto de la *simpatía,* de la de Hutcheson sobre su teoría *sentimentalista,* de la de Rosmini tratando del *imperativo categorico,* y en fin, los de las teorías absurdas de Alberti, Cumberland, Grocio, Ahrens, Puffendorf y Damirón? ¿Quién se dedica ya á dar á conocer la estructura admirable de la lengua Griega, su belleza incomparable, su riqueza filosófica, su harmonía perfecta, y sobre todo su competencia indubitable para probar la grandeza de la razón católica en sublime concordia con las enseñanzas profundas de la Fé?....

Siempre mereció Guadalajara, con orgullo de propios y beneplácito de extraños, el título de *Atenas Mexicana;* y pudiera muy bien llevar, con legítimo derecho, como Córdoba la hermosa perla de Andalucía, el distintivo honroso de *alma ingeniorum parens,* pues cuna y asilo de una falange de poetas, de un corro sublime de artistas, de una legión escogida de sabios, ha sido y es en la actualidad el emporio de la civiliza-

ción occidental de la República, y después de la Metrópoli, la ciudad mexicana en donde la vida literaria rebosa espontánea y exuberante; henchida de vigor, de lozanía y de tendencias felicísimas hacia la hermosura del ideal estético en sus más ámplias y gloriosas concepciones. Aquí, si los hombres doctos persiguen la ciencia con devoto y perdurable ahinco, el pueblo humilde, el pueblo bajo, por temperamento y por carácter vive apasionado de las bellas artes: es el pueblo jalisciense, el pueblo más poeta y más artista de todos sus congéneres en el país. La frase oportuna, el retruécano, la sátira ingeniosa y festiva, el grito del entusiasmo, el arranque de generosa admiración, todo, todo brota de sus labios con inspiración tan ingénua que encanta y maravilla. Abundan en él el buen sentido y la lógica embrionaria del talento despejado, aunque por desgracia inculto; y merced á tales facultades, estima el detalle hermoso, la nota delicada y sentimental, el colorido impresionista ó perfecto, y la frase sublime ó el concepto elevado, ora se hallen engarzados en el oro purísimo de la elocuencia, ó ya se vean constreñidos entre el ritmo del vocablo y la cadencia métrica del verso castellano. Para convencerse de estas aseveraciones, no hay más que ver cómo ese pueblo comenta, cómo admira ó cómo retiene en la memoria, al día siguiente de un acontecimiento artístico ó literario, los trozos más salientes de una partitura, si de música se trata; los detalles más bellos de un cuadro, si de pintura ha sido el espectáculo, y los periodos y giros de la declamación ó del discurso, si ha asistido á un torneo de la palabra.

Ah! Guadalajara, ciudad querida! para los que nos hemos educado en tus Escuelas, no existe sobre la faz de la tierra un lugar más hermoso y más lleno de santos é imborrables atractivos: fuiste un día el anhelo más grato de mi infancia; después, el suspiro más dulce de mi juventud; y hoy, que la edad madura se acerca velozmente hacia el terrible ocaso de la tumba, eres el recuerdo más sugestivo é imborrable, la última, la más bella visión poética de la vida apegada á los encantos de la sublime é incomparable Naturaleza. Imposible separar de la mente ni el recuerdo de tu aspecto moral, virilizando á todos los pueblos del Occidente de la República, en ese gran holocausto de la soberbia ignorancia á la civilización, ni dejar de regocijar á la mente con las reminiscencias de tus festivales augustos consagrados á las primicias del talento, vencedor en las públicas lides de la ciencia, ni olvidar por un instante, cerca de tí ó lejos de tus lares, el estupendo panorama que en tu regazo han disfrutado con hartura los sentidos, jamás saciados del tranquilo goce de la dulzura y de la serenidad del alma que como aspiración eterna se vive con holgura en tu bendito suelo. Eres un oásis delicioso, donde un pueblo joven, ébrio de amor al Arte y al desarrollo intelectual, con la mente poblada de inefables concepciones y henchido el generoso pecho de ilusión y de esperanzas para el futuro ignoto, que él se forja ya pródigo en dichas y desbordante en despilfarros de bienes, encantos y regocijos, labra con inspirado cincel el alcázar de su ambicio-

nada grandeza; y dedicado ayer y hoy á tan laudabilísimos propósitos, posee como prendas seguras de su adelantamiento, el ambiente sosegado de la paz, la claridad difusa del progreso y la harmonía perfecta del bienestar social. Jamás la gleba ha tenido conatos de insurrección en tus campos, ni la juventud estudiosa se ha lanzado en alas de la rebelión, abandonando tus aulas, ya célebres, como confirmadas con el óleo de la fama nacional. Las generaciones que por tí han pasado, á porfía legáronte sus dones; y allí, en tus palacios, templos, avenidas y jardines, palpita el sello de las razas pobladoras, con sus ideales y sus apetitos, con sus formidables pasiones y su embrionaria cultura, con sus deformidades y su belleza estética, con su civismo y sus apegos al tradicionalismo filosófico. Son á la vez, mudos testigos de otras gentes y de otras edades, y secretos vivientes de crímenes y de virtudes, de amores y de odios, de alegrías y de tristezas, de evoluciones y de retrocesos, de palabras y de acciones que tuvieron su realización y su momento histórico en la existencia de esta agrupación de la humanidad. ¿Qué puede haber en tí de legendario y de hermoso que no despierte recuerdos admirables, ora en forma de imágenes risueñas que acarician el alma con fruición así como embriaga los sentidos el eco dulcísimo de música lejana, ó ya bajo el aspecto de tristes contratiempos, que ensombrecen el espíritu y rompen instantáneamente la ecuanimidad intelectiva y normal de nuestro sér? Para los que te amamos, todo nos interesa: tu pasado, por su historia; tu presente, por nuestras mismas sensaciones, y tu porvenir grandioso, por la felicidad y la ventura de nuestros hijos.

Es el amor sagrado del terruño, el más bello é irresistible de cuantos se albergan en el corazón humano; él solo nos consume y nos anima. Por él, tu cielo es más azul, más trasparente, más puro; tiene más vigor en sus colores, más nitidez en sus líneas, más suavidad en sus tonos; tus crepúsculos incomparablemente bellos, por la tarde, á la caída del sol, que se reclina en su lecho de oro y púrpura, arrojando con displicencia su corona de luz sobre las esbeltas torres de tu Basílica de donde á la mañana siguiente volverá á recogerla apresurado para ostentarla fulgurante con el divino color de las rosas y los cambiantes del iris en su soberbia frente, son más embriagadores, más hechiceros, más caprichosamente festivos y más espléndidos y sin rival en esas fiestas del cielo y de la tierra que se reproducen incesantemente desde el primer día de la creación. Por el amor á la patria, brilla la consoladora Diana sobre el azul turquí de tu cielo de Niza, más argentada y más pura que jamás haya lucido á la mirada del hombre bajo la latitud de otro hemisferio; y en esas horas de solemne voluptuosidad, ¡cuán conmovedoras llegan á nuestros oídos las notas melodiosas de la música y del canto que de distintas partes de tu recinto, ¡oh hada de la harmonía! recoge el viento entre sus interferencias para traérnoslas misteriosas é inarticuladas hasta el retrete de los sentidos! Y es, en fin, el amor á tí, el que dilata nuestra respiración con benéfica delicia al gustar la exquisita fragancia del am-

biente que perfuman los azahares de tus jardines, las violetas de tus prados y los jazmines de tus huertos cultivados por quienes saben comprender el encanto de las rosas, su poética significación y su maravilloso papel en la higiene y en la alegría de la vida del hogar.

Te debíamos este tributo de filial cariño y de tierna admiración, á tí, la Sultana de Occidente, que entre los grandes dones que nos has hecho, cuentas el inestimable de ser cuna de nuestro Maestro queridísimo: ¡Gózate, pues, en tu dicha, ya que hay venturas que superan al orgullo de ser grande, á la vanidad de ser hermosa y á la satisfacción de ser civilizada! ¡Madre de un hombre ilustre, busca tu rango al nivel de las virtudes y de los excepcionales merecimientos de tu hijo! Y quiera el cielo que en la más remota posteridad, cuando tú hayas tocado el zenit de la grandeza y ostentando en la radiosa frente la pancarpía de tus merecimientos, avances al sitio de honor en el concierto internacional de los pueblos cultos, y para Monseñor Silva se haya ratificado el fallo de la Historia justiciera, lleves por merecido galardón de tu excelsitud el cognomento sencillo pero glorioso de su esclarecido nombre!

VI.

MAS de ciento cuarenta alumnos ocupábamos los escaños de la Cátedra de Gramática General, 1er. Curso de Latinidad y Filología, en el Seminario de Guadalajara, el año escolar de 1871 á 1872, en que por disposición del V. Metropolitano se acababa de encomendar dicha asignatura al joven Diácono Don Atenógenes Silva, quien apenas acababa de cumplir 23 años. Catedrático y alumnos, en la alborada de la vida, simpatizaron desde el primer instante, y bien pronto con el trato cuotidiano quedaron establecidas entre éllos esa correspondencia mútua y esa afinidad de sentimientos, que han permitido al través de un cuarto de siglo conservar la recíproca intensidad del afecto inicial con toda la pristina energía que le comunicaran los anhelos dichosos de la juventud y la bendita ignorancia de los contratiempos ulteriores de la vida social. Es éste un fenómeno raro, sin duda, pero que tiene su razón de ser en el método didáctico del nuevo profesor, quien si tenía la noción de que las leyes de la educación deben variar con los tiempos y las necesidades de cada país; y si conservaba en su despejado espíritu aquella sentencia de Eurípides: "la educación bien dirigida conduce eficazmente á la virtud," comprendió también, al primer golpe de vista, que la práctica debía enseñarle grandes cosas, y que era preciso, adoptando una cuerda analogía, por lo que pasa en la naturaleza física, buscar la nutrición del sér intelectual, mediante un trabajo sostenido de vigorosa asimilación, en la sávia fecundante de la doctrina, formada entre las tradiciones del pasado, las teorías del presente y los

ideales del porvenir. Y tuvo, no cabe duda, la suerte de encontrar el secreto para forjar desde luego y sin solución de continuidad, el carril del método y lanzar por él con prepotente impulso el principio educativo que llevó la luz á las inteligencias vírgenes, y el calor á los sencillos corazones de sus numerosos discípulos. Adoptó sin restricciones, sin reserva alguna, esta prolífica dualidad: para sus inteligencias, fué Maestro; para sus corazones, un Padre. Y de esta manera les asoció perdurablemente á su vida: éllos, conocieron á fondo y tal cual es en sí la grandeza del alma de su Maestro, y aceptaron con pleno discernimiento el ascendiente de sus virtudes, la superioridad de su espíritu y el dominio de su ciencia, sintiendo germinar purísima y dichosa, como el tributo de un homenaje que se impone, esa especie de seducción, rasgo distintivo del genio, que en cada uno de éllos hace hasta hoy su personalidad amada; y él, dejando penetrar su mirada clarividente hasta las intimidades dulcísimas de sus sanos espíritus, pudo muy bien descubrir cuándo se hallaba en presencia de una individualidad, cuándo ante un carácter, cuándo ante un ingenio de porvenir seguro y cuándo ante alguno de esos meteoros fugitivos de la esfera intelectual. No hubo esperanza alguna de cuantos cernieron sus alas sobre aquellas frentes juveniles, que él no arrullara con el solícito acento de su cariño; y si algunas llegaron á la meta feliz y son hoy realidades atrayentes y fascinadoras, ¿no lo deben acaso á que las precedió, marcando seguro derrotero, la columna de fuego de su amor paternal, por el desierto obscuro de la vida terrena? Ah! es todo un poema, inefable y santo, la improba tarea educatriz de nuestro Maestro queridísimo; la labor constante que pudo convertirnos en hechura moral é intelectual de sus sapientísimas manos, máxime si se atiende que fué obra espontánea de su voluntad, que llevó por móvil la sola ventura de sus discípulos y por lema este principio de incomparable abnegación: "os quiero buenos, instruidos y felices, no para mí, sino para vosotros mismos, y jamás soportaré que exista una sola pena en vuestras almas, si con algo de mi misma vida se puede disipar." Y han sido los hechos, con su lógica incontrovertible, los que dan testimonio durante veinticinco años de la verdadera y constante realización de tan generosos ideales. Para todos se ha prodigado con sublime espontaneidad: á éste, dándole el sustento material; á aquél, el consejo necesario; al otro, la advertencia oportuna y cariñosa; al de más allá, la palabra de aliento; al dichoso, el parabien de su auge; para el que se aleja de su lado, un suspiro; á la memoria del que se desploma en las lobregueces del sepulcro, una lágrima candente, con pena engendrada y en el dolor vertida, y siempre y para todos, reconocidos é ingratos, ausentes ó presentes, cultivadores de su trato ó alejados de él, vivos ó muertos, una oración santa elevada al Eterno con pureza de angel, rectitud de justo y amor inmenso de Padre. Su pensamiento está en todos, y ninguno le parece indigno de sus cuidados y de sus desvelos; cumple así una misión providencial y ejercita á la vez las energías de su espíritu y la